

BIBLIOTECA DIGITAL  
FUNDACIÓN  SIN FINES DE LUCRO  
VICTORIA OCAMPO

José Zorrilla

**A BUEN JUEZ,  
MEJOR TESTIGO**



FUNDACIÓN  
Victoria Ocampo

*Proyecto de difusión cultural sin fines de lucro*



**José Zorrilla** fue poeta y dramaturgo español y una de las figuras más destacadas del Romanticismo. Estudió leyes en las universidades de Toledo y Valladolid, pero no lo aprovechó demasiado y acabó huyendo a Madrid, donde tras vivir en la más absoluta pobreza, consiguió cierta fama. Fue un escritor prolífico: escribió principalmente historias nacionales, pero cultivó también la lírica, las leyendas y el teatro. Pese a la extraordinaria popularidad que había alcanzado su obra, no conseguiría solucionar sus apuros económicos. El reconocimiento le vino cuando en 1882 ingresó en la Real Academia Española; en 1884 fue nombrado cronista de Valladolid y en 1889 poeta nacional en Granada. El genio de Zorrilla como poeta de su tiempo se advierte primordialmente en sus leyendas como “A buen juez, mejor testigo” y en su poema épico “Granada” (1852). Entre sus principales y exitosas obras dramáticas figuran *Don Juan Tenorio* (1844) y *Traidor, inconfeso y mártir* (1849).

*A buen juez, mejor testigo* es un poema escrito en versos octosílabos, de José Zorrilla incluido en su volumen *Poesías* (1838) e inspirada en la tradición toledana del Cristo de la Vega.

Cuenta la leyenda que vivían en Toledo dos amantes: Diego Martínez e Inés de Vargas. Antes de que Diego marchara a la guerra, Inés le pide que se case con ella cuando vuelva. Ante el Cristo de la Vega, Diego jura casarse con ella al cabo de un mes a su regreso de Flandes.

Tres años más tarde, Inés reconoce a Diego al frente de un grupo de caballeros que entraban a Toledo. Corre a buscarlo, pero Diego, que contaba con una nueva posición social reniega de su juramento.

Desesperada, Inés solicita al gobernador de Toledo, don Pedro Ruiz de Alarcón, que interceda. Al solicitar testigos, Inés presenta sólo a uno: el Cristo de la Vega.

Desesperada, Inés solicita al gobernador de Toledo, don Pedro Ruiz de Alarcón, que interceda. Al solicitar testigos, Inés presenta sólo a uno: el Cristo de la Vega.

# A BUEN JUEZ, MEJOR TESTIGO

## I

Entre pardos nubarrones  
pasando la blanca luna,  
con resplandor fugitivo,  
la baja tierra no alumbra.  
La brisa con frescas alas 5  
juguetona no murmura,  
y las veletas no giran  
entre la cruz y la cúpula.  
Tal vez un pálido rayo  
la opaca atmósfera cruza, 10  
y unas en otras las sombras  
confundidas se dibujan.  
Las almenas de las torres  
un momento se columbran,  
como lanzas de soldados 15  
apostados en la altura.  
Reverberan los cristales  
la trémula llama turbia,  
y un instante entre las rocas  
riela la fuente oculta. 20  
Los álamos de la vega  
parecen en la espesura  
de fantasmas apiñados

medrosa y gigante turba;  
y alguna vez desprendida 25  
gotea pesada lluvia,  
que no despierta a quien duerme,  
ni a quien medita importuna.  
Yace Toledo en el sueño  
entre las sombras confusas. 30  
y el Tajo a sus pies pasando  
con pardas ondas lo arrulla.  
El monótono murmullo  
sonar perdido se escucha,  
cual si por las hondas calles 35  
hirviera del mar la espuma.  
¡Qué dulce es dormir en calma  
cuando a lo lejos susurran  
los álamos que se mecen,  
las aguas que se derrumban! 40  
Se sueñan bellos fantasmas  
que el sueño del triste endulzan,  
y en tanto que sueña el triste,  
no le aqueja su amargura.  
Tan en calma y tan sombría 45  
como la noche que enluta  
la esquina en que desemboca  
una callejuela oculta,  
se ve de un hombre que aguarda  
la vigilante figura, 50  
y tan a la sombra vela  
que entre las sombras se ofusca.

Frente por frente a sus ojos  
 un balcón a poca altura  
 deja escapar por los vidrios 55  
 la luz que dentro le alumbró;  
 mas ni en el claro aposento,  
 ni en la callejuela oscura,  
 el silencio de la noche  
 rumor sospechoso turba. 60  
 Pasó así tan largo tiempo,  
 que pudiera haberse duda  
 de si es hombre, o solamente  
 mentida ilusión nocturna;  
 pero es hombre, y bien se ve, 65  
 porque con planta segura  
 ganando el centro a la calle  
 resuelto y audaz pregunta:  
 –¿Quién va? –y a corta distancia  
 el igual compás se escucha 70  
 de un caballo que sacude  
 las sonoras herraduras.  
 –¿Quién va? –repite, y cercana  
 otra voz menos robusta  
 responde: –Un hidalgo, ¡calle! 75  
 –y el paso el bulto apresura.  
 –Téngase el hidalgo –el hombre  
 replica, y la espada empuña.  
 –Ved más bien si me haréis calle  
 (repitieron con medida) 80  
 que hasta hoy a nadie se tuvo

Ibán de Vargas y Acuña.  
–Pase el Acuña y perdone  
–dijo el mozo en faz de fuga,  
pues teniéndose el embozo 85  
sopla un silbato, y se oculta.  
Paró el jinete a una puerta,  
y con precaución difusa  
salió una niña al balcón  
que llama interior alumbra. 90  
–¡Mi padre! –clamó en voz baja.  
Y el viejo en la cerradura  
metió la llave pidiendo  
a sus gentes que le acudan.  
Un negro por ambas bridas 95  
tomó la cabalgadura,  
cerróse detrás la puerta  
y quedó la calle muda.  
En esto desde el balcón,  
como quien tal acostumbra, 100  
un mancebo por las rejas  
de la calle se asegura.  
Asió el brazo al que apostado  
hizo cara a Ibán de Acuña,  
y huyeron, en el embozo 105  
velando la catadura.

## II

Clara, apacible y serena  
pasa la siguiente tarde,  
y el sol tocando su ocaso  
apaga su luz gigante: 110  
se ve la imperial Toledo  
dorada por los remates,  
como una ciudad de grana  
coronada de cristales.

El Tajo por entre rocas 115  
sus anchos cimientos lame,  
dibujando en las arenas  
las ondas con que las bate.  
Y la ciudad se retrata  
en las ondas desiguales, 120  
como en prenda de que el río  
tan afanoso la bañe.

A la lejos en la vega  
tiende galán por sus márgenes,  
de sus álamos y huertos 125  
el pintoresco ropaje,  
y porque su altiva gala  
más a los ojos halague,  
la salpica con escombros  
de castillos y de alcázares. 130  
Un recuerdo es cada piedra  
que toda una historia vale,

cada colina un secreto  
 de príncipes o galanes.  
 Aquí se bañó la hermosa 135  
 por quien dejó un rey culpable  
 amor, fama, reino y vida  
 en manos de musulmanes.  
 Allí recibió Galiana  
 a su receloso amante 140  
 en esa cuesta que entonces  
 era un plantel de azahares.  
 Allá por aquella torre,  
 que hicieron puerta los árabes,  
 subió el Cid sobre Babieca 145  
 con su gente y su estandarte.  
 Más lejos se ve el castillo  
 de San Servando o Cervantes,  
 donde nada se hizo nunca  
 y nada al presente se hace. 150  
 A este lado está la almena  
 por do sacó vigilante  
 el conde don Peranzules  
 al rey, que supo una tarde  
 fingir tan tenaz modorra, 155  
 que político y constante,  
 tuvo siempre el brazo quedo  
 las palmas al horadarle.  
 Allí está el circo romano,  
 gran cifra de un pueblo grande, 160  
 y aquí, la antigua basílica

de bizantinos pilares,  
que oyó en el primer concilio  
las palabras de los padres  
que velaron por la Iglesia 165  
perseguida o vacilante.  
La sombra en este momento  
tiende sus turbios cendales  
por todas esas memorias  
de las pasadas edades, 170  
y del Cambrón y Visagra  
los caminos desiguales,  
camino a los toledanos  
hacia las murallas abren.  
Los labradores se acercan 175  
al fuego de sus hogares,  
cargados con sus aperos,  
cansados de sus afanes.  
Los ricos y sedentarios  
se tornan con paso grave, 180  
calado el ancho sombrero,  
abrochados los gabanes,  
y los clérigos y monjes  
y los prelados y abades  
sacudiendo el leve polvo 185  
de capelos y sayales.  
Quédase sólo un mancebo  
de impetuosos ademanes,  
que se pasea ocultando  
entre la capa el semblante. 190

Los que pasan le contemplan  
 con decisión de evitarle,  
 y él contempla a los que pasan  
 como si a alguien aguardase.

Los tímidos aceleran 195  
 los pasos al divisarle,  
 cual temiendo de seguro  
 que les proponga un combate;  
 y los valientes le miran  
 cual si sintieran dejarle 200  
 sin que libres sus estoques,  
 en riña sonora dancen.

Una mujer también sola  
 se viene el llano adelante,  
 la luz del rostro escondida 205  
 en tocas y tafetanes.

Mas en lo leve del paso  
 y en lo flexible del talle  
 puede, a través de los velos  
 una hermosa adivinarse. 210

Vase derecha al que aguarda  
 y él al encuentro le sale,  
 diciendo... cuanto se dicen  
 en las citas los amantes.

Mas ella, galanterías 215  
 dejando severa aparte,  
 así al mancebo interrumpe,  
 en voz decisiva y grave:  
 –Abreviemos de razones,

Diego Martínez; mi padre, 220  
 que un hombre ha entrado en su ausencia,  
 dentro mi aposento sabe;  
 y así, quien mancha mi honra  
 con la suya me la lave;  
 o dadme mano de esposo, 225  
 o libre de vos dejadme.  
 Miróla Diego Martínez  
 atentamente un instante,  
 y echando a un lado el embozo,  
 repuso palabras tales: 230  
 –Dentro de un mes, Inés mía,  
 parto a la guerra de Flandes;  
 al año estaré de vuelta  
 y contigo en los altares.  
 Honra que yo te desluzca, 235  
 con honra mía se lave,  
 que por honra vuelven honra  
 hidalgos que en honra nacen.  
 –Júralo –exclamó la niña.  
 –Más que mi palabra vale 240  
 no te valdrá un juramento.  
 –Diego, la palabra es aire.  
 –¡Vive Dios que estás tenaz!  
 Dalo por jurado y baste.  
 –No me basta, que olvidar 245  
 puedes la palabra en Flandes.  
 –¡Voto a Dios!, ¿qué más pretendes?  
 –Que a los pies de aquella imagen

lo jures como cristiano  
 del santo Cristo delante. 250  
 Vaciló un poco Martínez;  
 mas, porfiando que jurase,  
 llevóle Inés hacia el templo  
 que en medio la vega yace.  
 Enclavado en un madero, 255  
 en duro y postrero trance,  
 ceñida la sien de espinas,  
 decolorido el semblante,  
 velase allí un crucifijo  
 teñido de negra sangre, 260  
 a quien Toledo, devota,  
 acude hoy en sus azares.  
 Ante sus plantas divinas  
 llegaron ambos amantes,  
 y haciendo Inés que Martínez 265  
 los sagrados pies tocase,  
 preguntóle:  
                   –Diego, ¿juras  
 a tu vuelta desposarme?  
 Contestó el mozo:  
                   –¡Sí, juro!  
 Y ambos del templo se salen. 270

### III

Pasó un día y otro día,  
un mes y otro mes pasó,  
y un año pasado había;  
mas de Flandes no volvía  
Diego, que a Flandes partió. 275

Lloraba la bella Inés  
su vuelta aguardando en vano;  
oraba un mes y otro mes  
del crucifijo a los pies  
do puso el galán su mano. 280

Todas las tardes venía  
después de traspuesto el sol,  
y a Dios llorando pedía  
la vuelta del español,  
y el español no volvía. 285

Y siempre al anochecer,  
sin dueña y sin escudero,  
en un manto una mujer  
el campo salía a ver  
al alto del Miradero. 290

¡Ay del triste que consume  
su existencia en esperar!  
¡Ay del triste que presume  
que el duelo con que él se abrume  
al ausente ha de pesar! 295

La esperanza es de los cielos  
precioso y funesto don,  
pues los amantes desvelos  
cambian la esperanza en celos,  
que abrasan el corazón. 300

Si es cierto lo que se espera,  
es un consuelo en verdad;  
pero siendo una quimera,  
en tan frágil realidad  
quien espera desespera. 305

Así Inés desesperaba  
sin acabar de esperar,  
y su tez se marchitaba,  
y su llanto se secaba  
para volver a brotar. 310

En vano a su confesor  
pidió remedio o consejo  
para aliviar su dolor;  
que mal se cura el amor  
con las palabras de un viejo. 315

En vano a Ibán acudía,  
llorosa y desconsolada;  
el padre no respondía,  
que la lengua le tenía  
su propia deshonra atada. 320

Y ambos maldicen su estrella,  
callando el padre severo  
y suspirando la bella,  
porque nació mujer ella,

y el viejo nació altanero. 325  
    Dos años al fin pasaron  
en esperar y gemir,  
y las guerras acabaron,  
y los de Flandes tornaron  
a sus tierras a vivir. 330  
    Pasó un día y otro día,  
un mes y otro mes pasó,  
y el tercer año corría;  
Diego a Flandes se partió,  
mas de Flandes no volvía. 335  
    Era una tarde serena;  
doraba el sol de Occidente  
del Tajo la vega amena,  
y apoyada en una almena  
miraba Inés la corriente. 340  
    Iban las tranquilas olas  
las riberas azotando  
bajo las murallas solas,  
musgo, espigas y amapolas  
ligeramente doblando. 345  
    Algún olmo que escondido  
creció entre la yerba blanda,  
sobre las aguas tendido  
se reflejaba perdido  
en su cristalina banda. 350  
    Y algún ruiseñor colgado  
entre su fresca espesura  
daba al aire embalsamado

su cántico regalado  
desde la enramada oscura. 355

Y algún pez con cien colores,  
tornasolada la escama,  
saltaba a besar las flores  
que exhalan gratos olores  
a las puntas de una rama. 360

Y allá en el trémulo fondo  
el torreón se dibuja  
como el contorno redondo  
del hueco sombrío y hondo  
que habita nocturna bruja. 365

Así la niña lloraba  
el rigor de su fortuna,  
y así la tarde pasaba  
y al horizonte trepaba  
la consoladora luna. 370

A lo lejos, por el llano,  
en confuso remolino,  
vio de hombres tropel lejano  
que en pardo polvo liviano  
dejan envuelto el camino. 375

Bajó Inés del torreón,  
y, llegando recelosa  
a las puertas del Cambrón,  
sintió latir, zozobrosa,  
más inquieto el corazón. 380

Tan galán como altanero,  
dejó ver la escala luz

por bajo el arco primero  
un hidalgo caballero  
en un caballo andaluz. 385

Jubón negro acuchillado,  
banda azul, lazo en la hombrera,  
y sin pluma al diestro lado  
el sombrero derribado  
tocando con la gorguera. 390

Bombacho gris guarnecido,  
bota de ante, espuela de oro,  
hierro al cinto suspendido,  
y a una cadena, prendido,  
agudo cuchillo moro. 395

Vienen tras este jinete,  
sobre potros jerezanos,  
de lanceros hasta siete,  
y en la adarga y coselete  
diez peones castellanos. 400

Asióse a su estribo Inés,  
gritando: —¿Diego, eres tú?  
Y él, viéndola de través,  
dijo: —¡Voto a Belcebú,  
que no me acuerdo quién es! 405

Dio la triste un alarido  
tal respuesta al escuchar,  
y a poco perdió el sentido,  
sin que más voz ni gemido  
volviera en tierra a exhalar. 410

Frunciendo ambas a dos cejas,

encomendóla a su gente  
diciendo: —¡Malditas viejas  
que a las mozas malamente  
enloquecen con consejas! 415

Y aplicando el capitán  
a su potro las espuelas,  
el rostro a Toledo dan,  
y a trote cruzando van  
las oscuras callejuelas. 420

#### IV

Así por sus altos fines  
dispone y permite el cielo  
que puedan mudar al hombre  
fortuna, poder y tiempo.

A Flandes partió Martínez 425  
de soldado aventurero,  
y por su suerte y hazañas  
allí capitán le hicieron.

Según alzaba en honores,  
alzábase en pensamientos, 430

y tanto ayudó en la guerra  
con su valor y altos hechos,  
que el mismo rey a su vuelta  
le armó en Madrid caballero,  
tomándole a su servicio 435  
por capitán de lanceros.

Y otro no fue que Martínez,  
 quien a poco entró en Toledo,  
 tan orgulloso y ufano  
 cual salió humilde y pequeño, 440  
 ni es otro a quien se dirige,  
 cobrado el conocimiento,  
 la amorosa Inés de Vargas,  
 que vive por él muriendo.  
 Mas él, que, olvidando todo, 445  
 olvidó su nombre mesmo,  
 puesto que Diego Martínez  
 es el capitán don Diego,  
 ni se ablanda a sus caricias,  
 ni cura de sus lamentos; 450  
 diciendo que son locuras  
 de gente de poco seso;  
 que ni él prometió casarse  
 ni pensó jamás en ello.  
 ¡Tanto mudan a los hombres 455  
 fortuna, poder y tiempo!  
 En vano porfiaba Inés  
 con amenazas y ruegos;  
 cuanto más ella importuna,  
 está Martínez severo. 460  
 Abrazada a sus rodillas,  
 enmarañado el cabello,  
 la hermosa niña lloraba  
 prosternada por el suelo.  
 Mas todo empeño es inútil, 465

porque el capitán don Diego  
no ha de ser Diego Martínez,  
como lo era en otro tiempo.  
Y así llamando a su gente,  
de amor y piedad ajeno, 470  
mandóles que a Inés llevaran  
de grado o de valimiento.  
Mas ella, antes que la asieran,  
cesando un punto en su duelo,  
así habló, el rostro lloroso 475  
hacia Martínez volviendo:  
–Contigo se fue mi honra,  
conmigo tu juramento;  
pues buenas prendas son ambas,  
en buen fiel las pesaremos. 480  
Y la faz descolorida  
en la mantilla envolviendo,  
a pasos desatentados  
salióse del aposento.

## V

Era entonces de Toledo 485  
por el rey gobernador  
el justiciero y valiente  
don Pedro Ruiz de Alarcón.  
Muchos años por su patria  
el buen viejo peleó; 490

cercenado tiene un brazo,  
 mas entero el corazón.  
 La mesa tiene delante,  
 los jueces en derredor,  
 los corchetes a la puerta 495  
 y en la derecha el bastón.  
 Está, como presidente  
 del tribunal superior,  
 entre un dosel y una alfombra,  
 reclinado en un sillón, 500  
 escuchando con paciencia  
 la casi asmática voz  
 con que un tétrico escribano  
 solfea una apelación.  
 Los asistentes bostezan 505  
 al murmullo arrullador;  
 los jueces, medio dormidos,  
 hacen pliegues al ropón;  
 los escribanos repasan  
 sus pergaminos al sol; 510  
 los corchetes a una moza  
 guiñan en un corredor,  
 y abajo, en Zocodover,  
 gritan en disorde son  
 los que en el mercado venden 515  
 lo vendido y el valor.

Una mujer en tal punto,  
 en faz de gran aflicción,

rojos de llorar los ojos,  
 ronca de gemir la voz, 520  
 suelto el cabello y el manto,  
 tomó plaza en el salón  
 diciendo a gritos: –Justicia,  
 jueces; justicia, señor!  
 Y a los pies se arroja, humilde, 525  
 de don Pedro de Alarcón,  
 en tanto que los curiosos  
 se agitan al derredor.  
 Alzóla cortés don Pedro  
 calmando la confusión 530  
 y el tumultuoso murmullo  
 que esta escena ocasionó,  
 diciendo:  
     –Mujer, ¿qué quieres?  
 –Quiero justicia, señor.  
 –¿De qué?  
     –De una prenda hurtada. 535  
 –¿Qué prenda?  
     –Mi corazón.  
 –¿Tú le diste?  
     –Le presté.  
 –¿Y no te le han vuelto?  
     –No.  
 –Tienes testigos?  
     –Ninguno.  
 –¿Y promesa?  
     –¡Sí, por Dios! 540

Que al partirse de Toledo  
un juramento empeñó.

—¿Quién es él?

—Diego Martínez.

—¿Noble?

—Y capitán, señor.

—Presentadme al capitán, 545  
que cumplirá si juró.

Quedó en silencio la sala,  
y a poco en el corredor  
se oyó de botas y espuelas  
el acompasado son. 550

Un portero, levantando  
el tapiz, en alta voz  
dijo: —El capitán don Diego.

Y entró luego en el salón  
Diego Martínez, los ojos 555  
llenos de orgullo y furor.

—¿Sois el capitán don Diego  
—díjole don Pedro— vos?

Contestó, altivo y sereno,  
Diego Martínez:

—Yo soy. 560

—¿Conocéis a esa muchacha?

—Ha tres años, salvo error.

—¿Hicisteis la juramento  
de ser su marido?

—No.

–¿Juráis no haberlo jurado? 565  
–Sí juro.  
–Pues id con Dios.  
–¡Miente! –clamó Inés, llorando  
de despecho y de rubor.  
–Mujer, ¡piensa lo que dices!  
–Digo que miente: juró. 570  
–¿Tienes testigos?  
–Ninguno.  
–Capitán, idos con Dios,  
y dispensad que, acusado,  
dudara de vuestro honor.  
Tornó Martínez la espalda 575  
con brusca satisfacción,  
e Inés, que le vio partirse,  
resuelta y firme gritó:  
–Llamadle, tengo un testigo.  
Llamadle otra vez, señor. 580  
Volvió el capitán don Diego,  
sentóse Ruiz de Alarcón,  
la multitud aquietóse  
y la de Vargas siguió:  
–Tengo un testigo a quien nunca 585  
faltó verdad ni razón.  
–¿Quién?  
–Un hombre que de lejos  
nuestras palabras oyó,  
mirándonos desde arriba.  
–¿Estaba en algún balcón? 590

–No, que estaba en un suplicio  
donde ha tiempo que expiró.

–¿Luego es muerto?

–No, que vive.

–Estáis loca, ¡vive Dios!

¿Quién fue?

–El Cristo de la Vega 595  
a cuya faz perjuró.

Pusiéronse en pie los jueces  
al nombre del Redentor,  
escuchando con asombro  
tan excelsa apelación. 600

Reinó un profundo silencio  
de sorpresa y de pavor,  
y Diego bajó los ojos  
de vergüenza y confusión.

Un instante con los jueces 605  
don Pedro en secreto habló,  
y levantóse diciendo  
con respetuosa voz:

–La ley es ley para todos;  
tu testigo es el mejor; 610  
mas para tales testigos  
no hay más tribunal que Dios.

Haremos... lo que sepamos;  
escribano: al caer el sol,  
al Cristo que está en la vega 615  
tomaréis declaración.

## VI

Es una tarde serena,  
cuya luz tornasolada  
del purpurino horizonte  
blandamente se derrama. 620

Plácido aroma las flores,  
sus hojas plegando exhalan,  
y el céfiro entre perfumes  
mece las trémulas alas.  
Brillan abajo en el valle 625  
con suave rumor las aguas,  
y las aves, en la orilla,  
despidiendo al día cantan.

Allá por el Miradero,  
por el Cambrón y Visagra, 630  
confuso tropel de gente  
del Tajo a la vega baja.

Vienen delante don Pedro  
de Alarcón, Ibán de Vargas,  
su hija Inés, los escribanos, 635  
los corchetes y los guardias;  
y detrás monjes, hidalgos,  
mozas, chicos y canalla.

Otra turba de curiosos  
en la vega les aguarda, 640  
cada cual comentariando  
el caso según le cuadra.

Entre ellos está Martínez  
 en apostura bizarra,  
 calzadas espuelas de oro, 645  
 valona de encaje blanca.  
 bigote a la borgoñesa,  
 melena desmelenada,  
 el sombrero guarnecido  
 con cuatro lazos de plata, 650  
 un pie delante del otro,  
 y el puño en el de la espada.  
 Los plebeyos de reajo  
 le miran de entre las capas:  
 los chicos, al uniforme, 655  
 y las mozas, a la cara.  
 Llegado el gobernador  
 y gente que le acompaña,  
 entraron todos al claustro  
 que iglesia y patio separa. 660  
 Encendieron ante el Cristo  
 cuatro cirios y una lámpara,  
 y de hinojos un momento  
 le rezaron en voz baja.

Está el Cristo de la Vega 665  
 la cruz en tierra posada,  
 los pies alzados del suelo  
 poco menos de una vara;  
 hacia la severa imagen  
 un notario se adelanta, 670

de modo que con el rostro  
al pecho santo llegaba.  
A un lado tiene a Martínez;  
a otro lado, a Inés de Vargas;  
detrás, el gobernador 675  
con sus jueces y sus guardias.  
Después de leer dos veces  
la acusación entablada,  
el notario a Jesucristo  
así demandó en voz alta: 680  
–Jesús, Hijo de María,  
ante nos esta mañana  
citado como testigo  
por boca de Inés de Vargas,  
¿juráis ser cierto que un día 685  
a vuestras divinas plantas  
juró a Inés Diego Martínez  
por su mujer desposarla?

Asida a un brazo desnudo  
una mano atarazada 690  
vino a posar en los autos  
la seca y hendida palma,  
y allá en los aires «¡Sí juro!»,  
clamó una voz más que humana.  
Alzó la turba medrosa 695  
la vista a la imagen santa...  
Los labios tenía abiertos  
y una mano desclavada.

## CONCLUSIÓN

Las vanidades del mundo  
renunció allí mismo Inés, 700  
y espantado de sí propio,  
Diego Martínez también.  
Los escribanos, temblando,  
dieron de esta escena fe,  
firmando como testigos 705  
cuantos hubieron poder.  
Fundóse un aniversario  
y una capilla con él,  
y don Pedro de Alarcón  
el altar ordenó hacer, 710  
donde hasta el tiempo que corre,  
y en cada año una vez,  
con la mano desclavada  
el crucifijo se ve.

BIBLIOTECA DIGITAL  
FUNDACIÓN  SIN FINES DE LUCRO  
VICTORIA OCAMPO

<http://www.victoriaocampo.com/biblioteca.aspx>